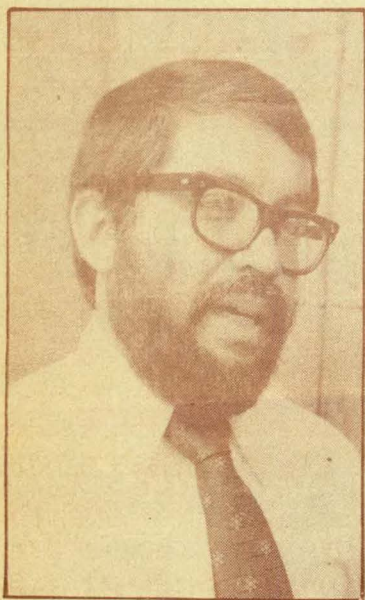


Elecciones: ¿una 2.^a Vuelta?

LA OPOSICIÓN DEBE CALIBRAR EL ALCANCE DE SUS PROTESTAS

OR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Como pocas veces antes en nuestro país, este año la jornada electoral no concluyó al anochecer del cuatro de julio. Se ha hecho tan intenso el debate sobre los resultados electorales que pareciera estar ocurriendo un segundo turno, como en los países de doble escrutinio, en que se requiere ratificar en una vuelta repetida el triunfo electoral. Sólo lo que, en esta ocasión, lo que está en juego es todavía más importante, si cabe, que lo decidido en las urnas hace 25 días.

Una clara fractura parece haberse abierto entre los protagonistas políticos. De una parte, el triunfalismo priista, cercano además a una susceptibilidad que ve enemigos o sospechosos de serlo en todo aquel que de una manera u otra cuestione el carácter impoluto de las elecciones.

De la otra parte, una desaforada impugnación que ya no se detiene en el señalamiento de las fallas específicas, concretas, documentables, sino que abarca a la totalidad del proceso, y lo tilda, entero, de fraudulento, de tramposo, de chanchullero. Entre las dos orillas apenas quedan incómodos resquicios para el análisis, para el razonamiento que busque escapar a la propaganda y a los visceralismos.

Es urgente, sin embargo, tentar las iras de los apasionados propugnadores del blanco y del negro, para encontrar sentido, y fruto, a este periodo postelectoral, acaso el más efervescente desde que, luego del domingo siete, el de julio de 1940, los resultados buscaban modelarse, a balazos, según el gusto de quien pudiera manejar mejor las armas.

Por comparación, he allí un saldo del que no debieramos renegar, pero tampoco convertir en bandera sin mancha. En menos de medio siglo la mutación del clima electoral es una ganancia que la sociedad mexicana debe inscribir, ufana, en su haber. Véanse los periódicos de la época. Adviértase la violencia callejera en las fotos de los Mayo y los Casasola: ya las brigadas de choque tundiéndose; ya el oficial de caballería que apunta, sereno, como en práctica de tiro, hacia la ventana de la oficina almazanista, luego de lo cual seguramente disparó; ya, después de las elecciones, el negro, doliente cortejo de las viudas de quién sabe cuántos muertos como hubo entonces. El que ahora pudieran en cambio verse jolgorios callejeros, tropas infantiles deambulando como en día de fiesta, no debe ser atribuido sólo al mecánico correr de los años, o al refinamiento cínico de los métodos de imposición política. Mucho, también, nos ha madurado la aspereza de tiempo hostórico que nos ha tocado vivir.

Pero, ¿es que hubo una fiesta y no un garlito inmenso?, preguntará indignado quien tenga noticia de las muchas denun-



La violencia callejera de otros tiempos electores, ha desaparecido. Eso es una ganancia que la sociedad mexicana debe anotar.

1982

cias presentadas. Pero, ¿y las decenas, cientos de casillas donde por pura casualidad no se anotó ni un solo voto a la oposición y en cambio, sin faltar uno los votantes sufragaron todos por el partido gubernamental? ¿Y las actas que no pudieron ser levantadas, y los escrutinios sin realizar? Todo eso hubo, y mucho más, en la jornada en que los ciudadanos depositaron su voto. Como en los viejos tiempos, brigadas volantes servían lo mismo para votar donde hacía falta que para prestarse al traslado extraoficial de las urnas, una vez cerrada la votación, a lugares ignorados por los representantes de los partidos de la oposición... allí donde los hubiera.

Todo eso que, es preciso reiterarlo, en efecto tuvo lugar, ¿deriva sólo del afán imposicionista, de la arrogancia perdulario de los jerarcas priistas? Sería fácil en extremo responder, en bloque, de manera afirmativa. Pero no es tan sencillo. Tenemos que enfrentar el hecho, si queremos saber lo que de verdad ocurre en nuestro país, de nuestra escasa, mínima hasta nula cultura política, entendida como el conjunto de los comportamientos y hábitos de nuestra participación o espectación en los asuntos públicos.

El voto es secreto, ordena la ley y manda el principio de la libertad del sufragio. Pero abundan las fotografías, o los testimonios directos, de lugares donde esa práctica es exótica. Sin ocultarse de nadie, pero también sin que nadie los obligue a mostrarse abiertamente en el acto de votar, ciudadanos que ignoran que lo son, colgante el machete a lo largo del lienzo blanco de los calzones que en la ciudad llamaríamos pantalones, cruzan el círculo tricolor, seguramente porque han preguntado dónde hacerlo, y se les ha dicho, sin mala fe, sin saber verdaderamente que hay otra posibilidad, que lo hagan por el PRI. “¿Sabe usted qué pensarían los indios de Huehuetla si se les habla del PAN? —preguntó indignada una candidata del PRI a su oponente panista, cuando éste cuestionaba la limpieza de la votación, en el comité distrital— Pensarían que se trata de los bolillos o de las teleras. Ese es el único pan que conocen. Del partido de usted no han oído hablar nunca. No pertenece a su conciencia”.

Y es que la dificultad ambiental para entender el mundo, para articular incluso un mínimo discurso que haga de la comunicación más que un mero farfulleo, que es una desgracia advertible por doquier, tiene por fuerza que transminarse a la ceremonia de la votación, al momento del escrutinio, a la hora de los cómputos. Se dice que eso es culpa del gobierno, y se tendrá razón. Como también la tendrá quien acuda a otros ejemplos, ilustrativos de defectos atribuibles al PRI, como el del colmilludo delegado del comité regional priista que aconseja, grave, al joven candidato a diputado que haga venir votantes a aquellas secciones donde está ganando la oposición, porque “perder casillas es malo para su carrera, mi licenciado”. Pero señalar las causas es apenas parte de la búsqueda del remedio. Y mientras tanto, la verdad con que hemos de quedarnos es esa: nuestro subdesarrollo impregna también nuestra manera de votar.

Pero no se trata, por supuesto, de practicar y predicar un relativismo que todo lo explique y todo lo admita por consecuencia. El apresuramiento o la manipulación de las cifras electorales, y en general el deplorable manejo de la (Pasa a la página 70)